

## La Ratonera

Hemos estado preparando la estrategia para avanzar en la entrega de cartas para ciudadanos sorteados, esta que tenemos enfrente es la sección electoral 1216 donde se ubica el suburbio conocido *distritalmente* como La Ratonera. Parte de la estrategia será que, como supervisor, iré personalmente este fin de semana a ese barrio y de una vez por todas descubrir la problemática que se vive ahí.

Durante la capacitación previa a la entrega de cartas-notificación se nos repitió que el distrito 09 se caracterizaba por su diversidad sociocultural, así como había colonias de “caché”, en la sección 1216 también existe un arrabal llamado La Ratonera. La intensidad con la que se mencionaba era más bien como una advertencia que, con todo y gesticulaciones, hacía nuestro maestro, el vocal de capacitación, un hombre delgado de ideas claras, con bigote -de ese que cuando tomas atole te mojas las puntas- con el cúmulo de conocimiento que se deslumbra con su frente, quien hasta pelaba los ojos cuando nos decía: “¡encontrarán drogadictos, malvivientes, cholos...!” (quizás hasta vampiros, imaginaba yo), generando con ello un temor que sólo podía advertirse en la mirada nerviosa e intranquila de Eduardo el CAE (capacitador asistente electoral) asignado a esa área, quien volteaba hacia ambos lados la cabeza, como quien quiere corroborar en otros la información recibida.

Ciertamente al escuchar la advertencia me dije: “¡en la madre!, esa sección me toca a mí”. No hice más que acomodarme bien en mi silla tratando de ordenar mis ideas. Espero mis CAES no noten mi novatez. El día se hizo largo y empiezo a sentir la emoción de ya pronto estar en las calles para recorrer en un viaje nocturno la Zore (zona de responsabilidad) a mi cargo y con cierto recelo de enfrentarme a ese “monstruo” que habita La Ratonera.

Siento la presión de rezagarme en obtener ciudadanos aptos para la jornada electoral, la importancia de su participación no ha sido dimensionada por ellos y quizás ni por el CAE. Según mi plano cartográfico, el corazón de la sección 1216 se ubica a la ribera del río de aguas negras San Juan de Dios. Veo la lista de ciudadanos sorteados: trece personas por visitar y para acabarla ¡nueve de ellos habitan en la zona más peligrosa de La Ratonera! Ya me había comentado Eduardo, el CAE, que en la intersección formada por las calles Juan Sánchez Azcona y Abrantes, cincuenta

metros al sur hay una finca donde “...hay unos batos que venden droga, yo por ahí no me meto, está bien cabrón, si no ven que eres de ahí te pegan por la espalda”. Era mayúsculo el temor del CAE por visitar ciudadanos en las calles pegadas al río. Las aguas negras que avanzan por el río San Juan de Dios, son tan mal olientes que sería un milagro estar sano o por lo menos disfrutar de una comida o una cena al aire libre, pues el olor a podrido cala hasta donde convergen la nariz y los ojos. Las fincas que rematan a la orilla del río inicialmente eran de cartón, forman parte de un cúmulo de viviendas, por así decirlo, no porque lo sean de plano, sino por que fueron asentadas irregularmente y agolpadas unas en otras en un mundo aparte donde cada quien vive su felicidad a su modo. Muchos pudieran decir que cómo es posible que en ese lugar haya gente feliz...

El sábado 21 de febrero es caluroso, inicio mi recorrido por la calle Juan Sánchez Azcona, angostita de un solo carril, ya que solo un auto cabe por el arroyo. Más allá, la calle tiene piso de tierra, por eso cada unos pasos hay que tragar polvo. El número 9 es difícil de encontrar en el caos de domicilios donde quizás tu inicio sea la numeración final y a lo mejor y, con algo de suerte, escondido tras un árbol empanizado con tierra se encuentra el 9. Al fin toco decididamente la puerta mientras un perro negro de azotea me ladra intermitentemente. Saludo a una señora que me abre la puerta y le comento que busco a la ciudadana Angélica Gómez quien, como generalmente sucede, no estaba en casa. Adelante veo humo camino hacia allá y en la acera de enfrente está el número 3000, qué raro, por un lado el número 9 y adelante el 3000, este último corresponde a otro ciudadano insaculado. Para mi mala fortuna, tras la puerta veo que se esconde un patio o ruinas de lo que fue una casa humilde pero con gran superficie. Reviso mi lista de ciudadanos y con mi PUSINEX, bueno, mi Plano Urbano por Sección en la mano, trato de ubicar al siguiente ciudadano. El humo es más denso, pero viene acompañado de un olor inconfundible a pollo asado, traigo hambre, sí, pero pecaría de valiente al comer ese pollo pues a lo alto el humo del asado se confunde con el polvo. “¿Cuánto es del pollo?”, pregunta un señora, “setenta y cinco pesos, viene con chilitos jalapeños, tortillas y salsa”, le responden. “Aquí tiene, gracias”. Aún me falta caminar más hacia el sur, cuatro cuadras más y estaré

justo en lo más álgido del barrio La Ratonera, siento una intranquilidad que se refleja en mi estómago pues mi mente imagina cosas.

La señora que compró el pollo asado se me queda viendo, primero a la cabeza, quizás el sombrero del INE le parezca de cazador y luego al chaleco singular por su color rosado, me ha barrido con una mirada de interrogación. La familia está reunida en su negocio de venta de pollo asado al carbón. “Buenas tardes, ¿se encuentra el señor José Melquiádez? Vengo del Instituto Nacional Electoral?”, digo. “Yo soy”, responde alguien dentro de la casa, la voz de un hombre joven que parece estaba dormido, viene acompañada de un ciudadano que con la mano trata de peinarse. “Le traigo la excelente noticia de que ha sido seleccionado para participar como posible funcionario de casilla...”, comienzo. “Pues ya qué, si me tocó tengo que cumplir...”, interrumpe. La tarde empieza caer y la oscuridad se avecina empeñándose en retar mi temple, mi ansiedad va en aumento. El recorrido ha sido corto pero lento, ya quisiera entrar en La Ratonera para de una vez por todas ver lo que me espera. En este ambiente bizarro luzco como una pieza de ornato, aparentemente todos me ignoran, pero cada uno ya sabe que estoy ahí, siento que alguien me observa, la noche me ha envuelto, se percibe un bullicio que en ratos es opacado por uno que otro automóvil que de repente aparece de la nada acelerando su marcha, dejando atrás un polvo que vuelve el aire aún más denso. Mis temores siguen latentes conforme avanzo en dirección sur.

El tiempo ha transcurrido más rápido de lo que creí, lo bueno es que llevo cuatro aptos bien sensibilizados, paso frente al templo del Santo Niño de Atocha el cual está a la ribera del río San Juan de Dios, cuyos olores a esa hora de la noche siguen fétidos y penetrantes. Acaba de terminar la misa de ocho, al parecer fue una boda hay mucha gente en torno a una pareja que se ve feliz. Donde termina el templo es justo donde la calle hace una “S” acorde a la silueta del río de aguas negras, la oscuridad es más intensa pues sólo una lámpara trata de hacer luz en esa oscuridad abandonada. Hace viento, el aire es frío y percibo un olor a hierba quemada. Hay una tienda de abarrotes con un foco lagañoso el cual me sirve para tratar de leer el domicilio que busco, no sé por qué razón pero de aquí en adelante el ambiente es raro... estoy entrando al corazón de La Ratonera. Me encuentro en la intersección de

las calles Juan Sánchez Azcona y Abrantes, empiezo a dudar en seguir pues veo que a mi espalda hay por lo menos seis individuos que se están drogando, “son jóvenes”, me digo, aunque ya drogados pueden ser peligrosos. Viene a mi mente el espíritu del Instituto y sus valores eso me da ánimos, luego veo mi chaleco y pienso: mi chaleco es mi escudo, si yo respeto a estas personas ellos tienen que respetarme. Camino a propósito junto a ellos y el más próximo a mí, dice: “a quien buscas *may?*” Con la mejor de mis sonrisas le pregunto por mi siguiente ciudadano, me indica tres fincas adelante rumbo a lo más oscuro de ese arrabal, ya estando ahí, le pregunto por los otros cuatro ciudadanos que me faltan y que viven en este lugar, realmente el joven que me informó lo hizo dándome la confianza que necesitaba. Ubicándome en el domicilio señalado grito: “buenas noches” (recordé una escena de la película *A toda máquina* protagonizada por Pedro Infante y Luis Aguilar donde éste va a la cárcel a buscar al personaje del primero y frente a la celda le grita “¡Aah, de la casa!”). La puerta estaba abierta y podía percibir una extrema pobreza, trozos de madera, tablas, sillas sucias y despedazadas, cartones y quien sabe cuántas cosas más, un señor de 68 años viene hacia mí con un cigarro que, a cada bocanada, el fuego del cigarrillo le ilumina el rostro agrietado, su cabello está descuidado y camina con pasos lastimosos. Luego de presentarme y decirle a lo que vengo, me comenta que no sabe leer ni escribir, es prácticamente un rechazo, cuando le digo que me firme la negativa estampa una firma más elaborada que la mía, eso sí es sorprendente.

Justo al otro lado, en la finca marcada con el número 562 hay una puerta enmallada con trozos de sacos de azúcar a manera de cortina, al tocar me recibe con fuerte ladrido una perra pit bull, trato de asomarme y veo una escalera que conduce hacia abajo, el olor a azufre y a huevo podrido es casi insoportable, esta gente vive prácticamente sobre el río de aguas negras. Como a cinco metros allá en lo profundo de esa vivienda aparece un hombre de cuarenta y seis años de edad quien responde amablemente a mi saludo, a su lado está una mujer de treinta y nueve años. Ambos son ciudadanos sorteados, un poco más atrás está otro individuo tatuado con aspecto cholo y mirada vidriosa, quien me mira de perfil, no alcanzo a ver su mano izquierda pues la tiene metida por un lado de su pantalón. Le informo a Javier que ha sido seleccionado para participar como posible funcionario de casilla, él no responde al

instante, fija su mirada por encima de mi cabeza, y al cabo de un rato me ve a los ojos asintiendo con la cabeza y me dice: “Me da gusto que me hayan tomado en cuenta, pues nunca me han invitado a nada, ¿qué tengo que hacer? ¡Sí acepto!”. Cuando le comento que también su esposa ha sido como él, seleccionada para participar como posible funcionario de casilla, se miran entre sí y con una gran sonrisa festejan con un abrazo. Le comento a Javier que aún me falta por buscar a otras tres personas, él conoce el barrio y me indica que esas personas las encuentro en la esquina sur, me advierte que no vaya solo pues es peligroso, y ofrece ayudarme ordenando a su hijo que me acompañe a lo largo de mi recorrido para encontrar a las personas que me restan. Así con el gusto de tener un guía decidido (pues el niño camina a pasos firmes) termino mi búsqueda de ciudadanos, rodeado de personas que no son malas ni peligrosas, solo ignoradas, son personas felices a su modo, hacinados, a oscuras, en pobreza, pero unidos, hay amor en este mundo injusto. La gente me saluda y me sonrío.

Siento una satisfacción total, ha sido un día provechoso y La Ratonera fue sólo un mito.

Autor: Juan Carlos Barragán Ruiz

Seudónimo: Rene Ruso